

inteligencia para conservar y defender su virtud nativa. Nativa o innata, que es lo mismo, pues hemos dado en decir que es de nacimiento lo que es anterior a él y llamamos innato, esto es, no nacido, a lo nativo o nato, a lo nacido. Y tal lío nos hemos armado, que a uno que es rey desde que nació lo mismo puede llamársele rey nato que rey innato. Porque nació rey y era rey antes de haber nacido. Ahora, yo no llamaría virtuoso de nacimiento a aquel santo oficial del que se nos cuenta que al mamar cerraba los ojos para no ver los pechos de su nodriza y que no mamaba los viernes por guardar el ayuno. A este santo oficial, a éste que nació ya predestinado al calendario y al altar, a éste sí que no le hace falta alguna la inteligencia. Pero no es un virtuoso de nacimiento, como no nos refiramos a la virtuosidad de su santidad. Porque así como hay virtuosos del violín, los puede haber de la santidad oficial, la de calendario o la de martirologio. Hay quien nace mártir.

«Casi todos los tontos que andan por el mundo son unos santos.» ¡No, no, no! Protesto contra semejante afirmación. Casi todos los tontos que andan por el mundo son malos; dan coces. El tonto es avieso, es envidioso, es mezquino. Me parece que aquí ha cometido García Martín una falta que se estudia en los tratados de Lógica. Las proposiciones universales no son convertibles. Recordemos aquello del que decía: yo no diré que todos los republicanos sean borrachos, pero sí digo que los borrachos son republicanos. Lo cual, ¡claro está! tampoco es cierto. El borracho más bien, acaso por

efecto de la arterioesclerosis que el abuso del alcohol provoca, tiende a conservador, y cuando ya no se puede tener en pie resulta reaccionario. Lo que García Martí ha querido decir es que casi todos los santos que andan por el mundo son unos tontos. Y esto es muy diferente.

«Pero como no han hecho nada por ser tontos, su santidad no tiene mérito». ¡Alto aquí, de nuevo! Eso de que los tontos no hayan hecho nada por ser tontos es una proposición que de todo tiene menos de evidente por sí misma. Es más, yo creo que los más de los tontos lo son pertinazmente, a traición, con premeditación y alevosía. O por lo menos el tonto, lejos de apesarse de serlo y tratar de remediar su mal, se obstina en ser tonto. Y llega al refinamiento de malicia de hacerse el tonto además de serlo. Porque tengo observado que esos de quienes se dice que se hacen los tontos lo son, además, y de capirote. Explotan su tontería. Y el tonto que explota su tontería es como aquel mendigo que se niega a que le operen la deformidad con que implora la limosna pública. Hacerse el tonto es como hacerse el loco. El que se hace el loco es que está loco de verdad.

Me han dicho que en un cierto extracto del *Quijote* para uso de los niños—¡profanación!—se dice que Don Quijote se hizo el loco para acometer a los molinos de viento. Esa expresión me parece un acierto—no sé si consciente—del autor de ella. Es mi teoría. Don Quijote se hacía el loco. Lo que no quiere decir que no lo estuviese. Como que su heroica locura, su locura sublime consistió en hacer-